

En el viaje que ahora nos relata en el capítulo primero ha ido con unos pocos amigos entre ellos don Vittorio y se emociona al verlo ir hacia las piscinas con fe en el poder de la Virgen. En el segundo capítulo nos recuerda su primer viaje con dieciocho años. Prosigue su relato con sus impresiones al convivir con la gente corriente y apreciar la fuerza de la fe sencilla. Nos ofrece una clara imagen de saber entender el dolor de un modo distinto, con visión sobrenatural, y de su experiencia de recibir más de lo que se da al ayudar a los enfermos. En todo caso, su percepción de Lourdes es la constatación de la atención maternal de María por sus hijos.

En los siguientes capítulos, se procura alternar la experiencia personal en la gruta o las piscinas, el rosario y el vía crucis, con otra información histórica que la autora recoge de primera mano en sus paseos. Por esta razón, aprovecha para dedicar un espacio a la devoción a este santuario de Lourdes, como lugar privilegiado de presencia mariana de los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI.

Como, además de ameno, quiere ser un texto completo de ese lugar, incluye un sucinto relato de las dieciocho apariciones de la Señora que dijo ser la Inmaculada Concepción, y una afectuosa descripción del personaje de Bernadette, como testigo creíble del mensaje recibido, con referencias a los lugares más importantes de su vida y a su familia.

No olvida la autora aludir a la relevancia de los milagros y a su autenticidad, y cuenta su visita al doctor Theillier, jefe de la oficina médica del santuario. Nos dice que son sesenta y siete los milagros reconocidos hasta el momento, pero son más numerosas y relevantes las curaciones del alma. De modo parecido atiende a quienes se han mostrado hostiles al santuario y su significación como E. Zola, aunque mejor comprende a los amigos, como Alexis Carrel, médico convertido en gran parte al acompañar un tren de enfermos y presenciar una curación milagrosa. Por otra parte, se elogia el trabajo de investigación y difusión del mariólogo René Laurentin, porque, como ella recuerda, la fe no teme a la verdad.

En último capítulo, A. Borghese nos lleva hasta Nevers, donde reposa la santa vidente. Narra su viaje hasta allí, y describe el convento de Nevers y la urna de Bernadette, para hablarnos del ejemplo de esta santa escogida por María. Termina el libro con su esperanza —que es invitación para los lectores— de volver de nuevo y siempre a Lourdes, donde reconoce haber sido testigo de la acción de la Gracia.

R. SOL

ScrdM

C. DI FAZIO, *Le visite mariane de san Josemaría nella Città Eterna. Itinerari di contemplazione*, Iride, Roma 2010, 112 pp.

Es un libro muy ilustrado y con las páginas a color, ya que incluye en todas ellas fotografías. El motivo está en que el autor nos ofrece un itinerario por los lugares marianos de Roma visitados por san Josemaría Escrivá. Con anterioridad se habían publicado otros libros relacionando al Fundador del Opus Dei con alguna ciudad con la misma intención de servir de guía. Por ejemplo, Ignacio Fernández Zavala preparó en 2002, coincidiendo con el centenario del nacimiento de este santo, la obra *Josemaría Escrivá en las calles de Madrid*, con el expresivo subtítulo: *Guía para seguir sus pasos*, con planos, fotos y mucha información. Y en el pasado año 2010, María Jesús Coma nos dio a conocer *El rumor del agua*, subtítulo: *Recorrido histórico de san Josemaría Escrivá en Burgos*, donde cada capítulo corresponde a una localización concreta, que suele ser un edificio, del que se acompaña una foto de la época en blanco y negro (hay unas páginas centrales con fotos a color) y se explica su relación con san Josemaría, ya que vivió en esa ciudad castellana el final de la Guerra Civil en los años 1938 y 1939.

De modo parecido a los citados se nos presenta el libro de Di Fazio, aunque en este caso a los términos de persona, san Josemaría, y ciudad, ahora Roma, se les ha añadido como novedad un tema: la Virgen. Es comprensible que así sea, ya que los muchos años vividos por este santo en Roma pueden dar lugar a más itinerarios temáticos. Su estancia allí comenzó poco después de terminar la Segunda Guerra Mundial, en 1946, con la finalidad de romanizar y universalizar el Opus Dei, además de lograr la solución jurídica definitiva que no llegaría hasta 1982, en vida de su sucesor Álvaro del Portillo, con la erección de la Obra en Prelatura Personal. Desde la fecha indicada hasta su fallecimiento en 1975, san Josemaría tuvo su domicilio estable en Roma.

La devoción mariana de este santo aragonés es suficientemente conocida y de ello, por si hiciera falta citar algo, da buen testimonio el santuario de Torreciudad levantado a instancias suyas a principios de los años setenta. Incluso hay publicado por Federico Delclaux un libro con el rotundo título: *Santa María en los escritos de san Josemaría Escrivá de Balaguer*. Por esto se comprende bien que se haya preparado esta obra que detalla esos lugares

ScrdM

marianos de la Ciudad Eterna a los que está ligada la vida de san Josemaría. Ante todo debe insistirse en la magnífica edición del libro con sus páginas a color, ya que incluye numerosas fotografías e imágenes. Además, vamos a encontrar referencias históricas sobre las iglesias y las imágenes de la Virgen que en ellas se encuentran. Al final, aunque se ofrece la dirección de las iglesias presentadas, se echa en falta un índice para encontrar esas mismas iglesias en las páginas del libro.

En el prólogo se explica un poco la preparación del libro para unir los términos aludidos al inicio: el santo, la ciudad y el tema, y se justifica perfectamente su engarce. Y en estas páginas primeras se alude a santa María de la Paz, la iglesia prelatia, cuya edificación dispuso y siguió muy de cerca san Josemaría. Se explica el papel junto al Fundador de don Álvaro, que va a ser un verdadero coprotagonista del libro, ya que continuó la tradición de visitas marianas iniciadas por san Josemaría y al que habitualmente acompañó. Y se destaca la importancia de Roma como ciudad mariana, con tantas de sus iglesias bajo advocaciones marianas, sus monumentos e incluso las imágenes de María en muchas fachadas de las casas. Con estos elementos establecidos se entra en la sustancia de la obra.

El itinerario que se nos ofrece comienza en los lugares de más antigua tradición romana: las catacumbas de Priscila, continúa en Santa María in Cosmedin, y llega a Santa María la Mayor, con las imágenes marianas *Salus Populi Romani* y *Regina Pacis*. Después, nuestro paseo se detiene en Castelromano (es el nombre de una casa de retiro en Castel Gandolfo) y en San Pedro, y prosigue por otras muchas iglesias, incluyendo algunas de las cercanías de Roma. En todas se procura establecer una relación con san Josemaría, pero sólo en el caso de don Álvaro se suele dar una fecha exacta de su visita a ese templo, ya que hizo una serie de romerías en los años 1978 y 1979 en agradecimiento a la Virgen dentro de lo que eran años marianos de la Obra, celebrando el aniversario fundacional; y poco más tarde, en el año 1982, volvió don Álvaro a acercarse a la Madre de Dios por la obtención de la solución jurídica definitiva. Por esta razón, las fotos del libro suelen ser de don Álvaro en esas visitas acompañado por don Javier Echevarría, actual prelado, ya que se carece de fotos de san Josemaría en esas iglesias, aunque se sepa de su paso con seguridad.

R. SOL

G. FORLAI, *L'irruzione della grazia. Per una rilettura ecumenica del dogma dell'Immacolata*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2010, 520 pp.

El presente ensayo, como se dice en la introducción (p. 9), se propone fundamentalmente investigar *cómo* y *si* el *consenso diferenciado* alcanzado entre católicos y luteranos en torno a la doctrina de la justificación expresado en la Declaración conjunta de 1999 puede ayudar a la teología de las Iglesias y comunidades cristianas a recibir el dogma de la Inmaculada Concepción de María. Éste es el núcleo esencial; pero este núcleo viene acompañado por largos estudios sobre la naturaleza e interpretación de los dogmas en la Iglesia y en el debate ecuménico (pp. 37-116), y por una defensa del *consenso diferenciado* con las dificultades y las ventajas que este camino comporta (pp. 117-214).

Naturalmente, el centro del libro –lo más ilustrativo, además, y lo más asequible– lo constituye la parte tercera dedicada a María Inmaculada y santa (pp. 215-334). El autor estudia aquí la cuestión de la Inmaculada Concepción en sus diversos aspectos, concretamente, la Bula *Ineffabilis Deus*, su contexto histórico, su argumentación escriturística y los lazos fundamentales que la verdad de la Inmaculada Concepción mantiene con otras verdades del cristianismo, especialmente con el pecado original y con la predestinación, cuestiones ambas que obviamente han de incidir con fuerza en el diálogo con los protestantes, en especial con los luteranos. Las páginas dedicadas a la predestinación (246-259), que el autor desarrolla en el marco de la teología de la Alianza, son verdaderamente interesantes y oportunas: la elección divina de María como parte importante de la historia de la salvación queda resaltada como fruto de la “gratuita” iniciativa de Dios y, por lo tanto, es puesta de relieve la absoluta “gratuidad” de la gracia.

En este capítulo se echa en falta un estudio más directo de la historia del dogma de la Inmaculada Concepción y, más en concreto, se echa en falta la presencia de los Padres y un análisis del modo en que la Iglesia va tomando conciencia refleja de la ausencia de todo pecado en santa María, incluido el pecado original. Desde los primeros tiempos, pero especialmente a partir de Éfeso (431), se percibió con toda claridad que la Madre del Señor debía